

Editorial

Los problemas más desafiantes para el hombre contemporáneo, en su mayoría, son mundiales. La telemática y la informática permiten que la humanidad experimente la inédita situación de encontrarse satelizada. El hombre es órbita de sí mismo y la Tierra se empequeñece, en la misma proporción que el crecimiento de los desafíos descansan cada vez más sobre nuestras débiles espaldas.

Protagonistas o víctimas, las naciones que conforman el actual devenir de la humanidad comienzan su apertura y, al mismo tiempo, se encaminan hacia un encuentro tal vez sin precedentes, mientras que en su interior sufren la fragmentación y la desterritorialización de sus actividades. Los sistemas políticos plásticamente cerrados, cuando intentan abrirse, fracturan la falsa homogeneidad que ocultaba su latente pluralismo.

Hay un problema de forma y de orden. La forma se fractura mientras que el orden se globaliza: errancia planetaria. La fractura señala que, tal vez, el mundo no tenga la consistencia de antaño: errancia.

El (des)orden señala que, quizá, la humanidad necesita rescribir un nuevo orden más creíble, menos asfixiante, en una época incierta y abierta: planetaria. Sin embargo, aún falta mucho por recorrer; porque la errancia planetaria no es el fin, sino el comienzo del incierto devenir humano de la planetarización. No caben dudas que, al mismo tiempo que el hombre arriba al dominio de la ciencia y la tecnología planetaria descubre que su planeta, la Tierra, descansa en la nada. Y es esta tecnología y sus modos de gestión cada vez más planetaria la que domina la política mundial: que a través de crisis locales recurrentes por doquier, se transforma en política planetaria.

Pero, ¿qué es esta política, extraviada de la polis, de la ciudad-Estado y de la confederación de ciudades-Estados? ¿Será la política planetaria, la política de los imperios? No, la política planetaria no atañe a un lugar autónomo por grande que sea. Ella mueve el globo terrestre en su conjunto, aunque no sepamos qué es en verdad. Tal vez la política planetaria sea la experiencia de una civilización que asume el proceso de globalización de su pluralidad desbordante, en tiempo real.

¿Cómo demarcar, en este nuevo contexto, la parte del todo? Sin embargo, hay partes y todo. Pero entonces, ¿cuál es el adentro y cuál es el afuera? La distancia habitual de las dos dimensiones de la política no es real. La política interior y la política exterior de cada Estado son algo más que interdependientes, la política "global" de cada Estado en "particular" se entrelaza a la de los demás con la situación política internacional que emerge, como una dinámica de acciones borrosas que retroactúan sobre lo precedente, a tal punto, que la organización mundial, global y universal, técnica y prácticamente, no conoce ya nada exterior a ella.

El adentro se mimetiza con el afuera, las cosas no marchan, cambian de ritmo: danzan o chocan entre sí. La época planetaria es el mundo transmutado en artificio, se borran las antiguas fronteras entre lo ficticio y lo auténtico, ausencia de una verdad: absoluta y terminante porque nadie ni nada puede contener el actual juego de las identidades y las interdependencias.

La producción, la distribución y el intercambio de productos, igualmente que el consumo, se desarrollan, cada vez en mayor grado, a una escala global. Si bien la economía mundial es la organización de la carencia, la organización de la satisfacción de la carencia y de las carencias experimentadas progresivamente y creadas también artificialmente; no obstante, la humanidad actual intuye que se acerca el tiempo para alcanzar lo que falta con lo mucho que sobra. Porque la mundialidad del mundo ha descubierto que la carencia es mucho más abierta y total, porque ella tiene hoy la medida del deseo y de la producción del hombre planetario.

Que el proceso de mundialización tienda hacia la unidimensionalidad de un Estado mundial, o hacia una confederación mundial o federación mundial de Estados, o que tienda hacia los Estados Unidos del mundo planetario, no lo sabemos con certeza. Que ese Estado mundial se realice o no, que una organización planetaria, cualquiera que fuese su forma, resuelva o no resuelva los problemas interestatales o internacionales o que, por fin, elimine el riesgo de una conflagración mundial o de catástrofes particulares, tampoco lo sabemos a ciencia cierta.

Sin embargo, todos estos interrogantes son ya fenómenos interiores del mundo planetario, en donde las diferencias ideológicas, políticas y económicas, que hoy todavía pululan por el mundo, pasan a un segundo plano a medida que cobran más importancia en el estado de intemperie compleja que cada sociedad debe transitar en esta errancia planetaria. Sucede que, actualmente, la arena política del mundo es compleja, cada cosa tiene su tiempo, su inercia y su dimensión y, a su vez, todas las cosas se reúnen en un evento y una historia, una página y una palabra de un libro que se reescribe permanentemente.

Entre borrones y tachaduras, un conjunto de potencias arribaron a esta arena, salidas del seno mismo de la vieja Europa Occidental, desarrollando a fondo la tecnología y la industria. Ellas aspiran a conquistar un lugar predominante en un previsible banquete. Si bien nadie abandona por completo el sueño de la dominación mundial, los países subdesarrollados, antiguos merodeadores de los márgenes de la historia, son convocados al banquete para que tomen una parte activa en el juego planetario. Quién impondrá las reglas, cuánto se comerá y cuánto se beberá, hoy todavía no lo sabemos a pesar del facilismo de muchos agoreros.

El Director